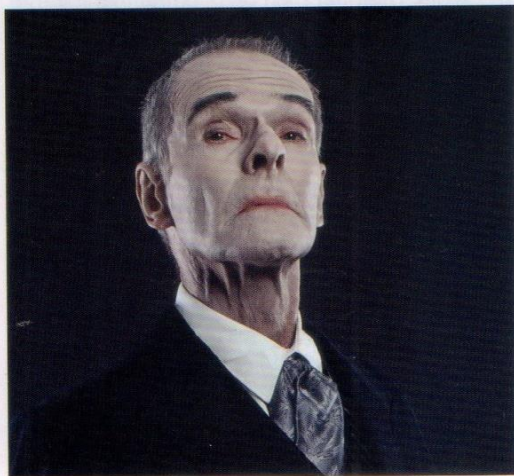


No se escapara de la muerte

Ferran Salgado Serrano



David caminaba por la calle en dirección al trabajo. Su rostro reflejaba tranquilidad, aprovechaba el trayecto para observar a los restantes transeúntes y escuchar música a través de su iPod. Trabajaba en una empresa informática desde hacía diez años. En la actualidad estaba inmerso en un proyecto de relevancia acerca de la creación de un nuevo programa informático que, según su propia opinión, iba a revolucionar el sector. De repente, en el vestíbulo del edificio de la empresa, fue embestido por un hombre.

—¡Vigila por donde vas! —dijo David mientras se levantaba, distraído todavía por la música.

El hombre mostraba unas facciones huesudas, su piel era pálida y su altura considerable. Vestía completamente de negro. Se agachó para recoger su agenda, cuyas hojas escritas mostraban nombres, fechas y lugares.

Cuando el hombre se alzó, David se percató de su identidad. La tranquilidad, que hasta ese momento disfrutaba, se convirtió en un sobrecogedor nerviosismo.

—¿Eres quien creo que eres? —preguntó David con un hilo de voz.

—Soy la Muerte y he venido a verte —contestó el hombre, mostrando firmeza en su tono de voz. David corrió hacia el ascensor, apretó el botón y,

tras abrirse las puertas, entró en su interior. Al salir, con rapidez se dirigió al despacho de Juan, su jefe.

—¡Señor, señor! —exclamó David, temblando por haber tenido a la Muerte cara a cara.

—¡Por Dios, David! —Quiso saber Juan—. ¿Qué te ocurre?

—¡He visto a la Muerte! —contestó David, fuera de sí—. Debo irme bien lejos... a Australia por ejemplo.

—¿Australia? —preguntó Juan, incrédulo—. ¿Para qué?

—Para escapar de la Muerte y hallar la paz. Juan apreciaba a David, lo consideraba un buen trabajador. A pesar de que iba a perder a un magnífico informático finalmente accedió a su petición.

Al día siguiente Juan se encontró con la Muerte en la cafetería de la empresa, tomando un café.

—¿Por qué asustaste a mi subordinado? —preguntó Juan.

—¿Quién?

—David.

—¡Ah! —exclamó la Muerte—. No era mi intención asustarle, solo quería avisarle.

—¿De qué?

—Quería decirle que dentro de dos semanas teníamos una cita en Australia.

